



Un cuento, un loro y el progreso de México

Víctor Orozco*



A principios de siglo se publicaba en la capital del país el semanario *El Progreso de México*, dedicado “A la agricultura práctica, a la industria y al comercio”. En sus páginas los lectores podían enterarse de una variopinta cantidad de temas. Del número 433, fechado el 8 de octubre de 1902, enlisto algunos ejemplos:

- Trabajos de la Comisión Mexicana de Parasitología, sobre distintas plagas como las hormigas, el coruco y las avispillas
- Las fases lunares y la vegetación tropical
- La cría de faisanes para alimentación
- La industria frutera en California
- El uso del estiércol
- Los cuidados de animales domésticos como la vaca y el caballo
- Una escuela práctica en Guadalajara para la producción de seda
- La crisis del café
- Los cárteles y *trust*, formados por los grandes industriales



* Maestro Emérito de la UACJ.

- Los avances de la fotografía en color
- En la sección de libros nuevos, la Librería Bouret ofrecía títulos variados sobre temas industriales, científicos y a su lado los literarios. En la imagen anexa, puede uno enterarse de las ofertas que recibían los lectores cuando despuntaba la pasada centuria

Uno de los artículos contenía una larga disquisición sobre la capacidad de algunos animales, sobre todo las aves y especialmente los loros, para imitar y reproducir sonidos tal cual los escuchaban. El asunto, sin duda era de interés para una buena cantidad de quienes adquirirían el periódico, pues, en un país casi en su totalidad agrario, los habitantes estaban acostumbrados a relaciones muy estrechas con los animales y, además, con tiempo para contemplarlos y examinar sus hábitos. Para despertar la atención de los lectores, el artículo incluía una historieta que, sin duda, provocaba carcajadas.

Cierto cura de aldea tenía un loro, el cual loro era de lo más inteligente, por lo que su dueño lo consentía mucho. Durante los rezos metía su cucharada, como vulgarmente se dice y en la escuela de chiquillos regentada por el párroco hacía las veces de bedel.

–¡Fulano está hablando! –Perencejo está pensando –¡Zutano se está durmiendo!
–Mengano está soplando!, exclamaba con frecuencias el animalito.

Otras veces la emprendía con el ama de llaves, de quien no gustaba, ni ésta de

él, por lo cual le disminuía casi siempre la ración de alimento. El animalito se vengaba cada vez que la ocasión se le presentaba:

–¡La vieja se está bebiendo el caldo! –¡Pícaro, no te comas el arroz! –¡Aquí la vieja se está robando el azúcar! ...Cuando el cura, cansado de tantas necedades, lo mandaba callar, el loro, con la mayor dulzura, bajaba la cabeza, entornaba los ojos y pronunciaba con voz meliflua y obediente:

–Amén.

En cierta ocasión dijo, delante de personas notables del pueblo que visitaban al párroco, que el ama de llaves tenía un amante. La vieja se enfureció y lo castigó duramente, dejándolo sin comer ni beber durante dos días. El loro comprendió que estaba de más en la casa, por lo que resolvió marcharse de ella a la brevedad. Se hizo dócil y cariñoso y aunque esto no lo salvaba de las iras del ama de llaves, sí le dio tiempo de reponer sus alas. Cuando éstas estuvieron suficientemente largas y fuertes, abandonó la casa para no volver más á ella. Se observó que desde la misma fecha desaparecieron los anteojos del ama y un *Doble ordinario de la Santa Misa*, en latín y castellano, impreso por Carlos Lelong, de Braine-Le Comte, en Bélgica, como decía el párroco a todo el que encontraba en su camino para que le retuvieran el libro si iban a venderlo, porque el buen señor tenía la persuasión de que algún infeliz se lo había robado.

Pasó un año. En viaje para un caserío próximo llamole al cura la atención una formidale algazara que tenía lugar en la



Antonio Ochoa. Tarde.

parte alta de un cedro. Se detuvo, levantó la vista y lanzó una exclamación de sorpresa. Allí, en una rama, estaba su loro, con los anteojos colocados en su lugar, el *Doble Ordinario*... por delante y rodeado como de veinte loros más.

–*Salutare cultas mei*, decía el loro; y sus compañeros contestaban en coro:

–*Spera in deo* [...]

Hasta aquí la jocosa fábula, que bien cabe en El Baúl, de por sí receptáculo de cuantas historias, noticias y curiosidades nos podamos imaginar.

Como nota aparte y de interés actual y futuro, agrego que unos años después de la violenta clausura de la

Escuela de Agricultura Hermanos Escolar de Ciudad Juárez, ocurrida en 1993, llegaron a mis manos dos tomos encuadernados del periódico *El Progreso de México*. Una buena parte del patrimonio acumulado en casi un siglo, como lo fueron la biblioteca de la escuela y el herbario –que era una de las colecciones botánicas más grandes del país–, sería dilapidada, dispersándola o de plano arrojándola a la basura. Es esta la suerte que corrió la colección del periódico de marras, pues un buen día, alguien me informó que la había recogido hacía tiempo de un tambo de desechos y me la ofreció. Fue así como la obtuve. Veré después en qué biblioteca pública ha de parar. 

